Trotsky



León Davidovich Bronstein (Trotsky) nació en Yanoka, una pequeña aldea de Ucrania, en 1879. Era el quinto hijo de una familia judía, propietaria agrícola que había llegado a disponer de una fortuna considerable. Siendo adolescente ingresó en el Partido Socialdemócrata clandestino. Pasó por la prisión, el destierro y finalmente, el exilio. ¿Por qué Trotsky cae más simpático que Lenin? Porque era apasionado, reconocía sus errores, no practicaba esa infalibilidad que se le atribuye (que Trotsky mismo atribuía) a Lenin. Fue uno de los padres de la Revolución Rusa, pero la enemistad que le profesaba Stalin lo redujo a tal punto que muchos de los historiadores y comentaristas sucesivos, aun fuera de Rusia, acabaron minimizando su intervención.
A la sombra de Lenin (pero probablemente a Trotsky esa sombra le resultaba apacible y justificada), escribía mucho mejor que él. Sus libros, *Historia de la Revolución Rusa*, *Imágenes de Lenin*, *La Revolución de 1905* y *Literatura y Revolución*, son obras inevitables. Si *Historia de la Revolución Rusa* y *Mi vida* lo acreditan como escritor, los ensayos y artículos reunidos en *Literatura y Revolución* lo acreditan también como crítico literario. Aunque sus trabajos sobre cuestiones estéticas insisten un poco en los aspectos sociológicos y políticos, siempre hay algo que deja a salvo: el reconocimiento de la especificidad del hecho artístico y la necesidad de valorarlo de acuerdo con sus propias leyes. El ensayo sobre Céline, escrito cuando acababa de aparecer el *Viaje al fin de la noche*, es ejemplificatorio. "Céline ya no escribirá otro libro donde brillen tanto la aversión de la mentira y la desconfianza de la verdad", escribió. "Esta disonancia debe resolverse". Eso se llama ver con claridad lo que vendrá: Céline terminó acostumbrándose a las tinieblas, abandonó su anarquismo inicial y se lanzó, desquiciado, en una campaña antisemita que le costaría su carrera de médico, pero también su carrera literaria. Céline nunca volvió a escribir otro *Viaje*.
Cuando Esenin se suicidó en 1926, cortándose una vena, escribiendo un poema con su sangre ("En esta vida no es nuevo morir, / pero vivir tampoco es nuevo") y luego colgándose con una soga atada a uno de los tubos de la cañería de agua de la habitación que ocupaba en un hotel de Leningrado, sólo dos voces se levantaron para llorarlo. Una fue la de Maiacovski; la otra fue la de Trotsky. Maiacovski escribió: "Tal vez, si hubiese habido tinta en el hotel 'Inglaterra', no habría tenido razones para cortarse las venas". Para Trotsky, Esenin era "un ser interior, tierno, lírico", y la revolución, en cambio, era "pública, épica, llena de desastres". Esenin "no era de este mundo", no era el poeta de la revolución. Esenin seguía escribiendo poemas que hablaban de campos, flores, campesinas vírgenes. "Nuestro tiempo es duro", escribió Trotsky, "quizás uno de los más duros en la historia de la humanidad llamada civilizada". Esenin no era un revolucionario, era un lírico: "nuestra época no es lírica", concluía Trotsky. Pero la campaña contra Trotsky no cesa. Un historiador ruso, Victor Kuznetsov, en su libro *El secreto del asesinato de Esenin*, sostiene que fue el comandante Trotsky el culpable de su muerte. Con el objeto de disuadirlo a que dejara la Unión Soviética, durante la "visita" de la policía secreta, el poeta, por accidente, fue asesinado. No sólo eso: según Kuznetsov, los últimos versos de Esenin no fueron escritos por él sino por un agente de la policía con veleidades poéticas llamado Yakov Blumkin. Entre las varias razones que habrían llevado a Trotsky a realizar esta obra de disuasión, figuraría su internacionalismo proletario, que estaba en contraste con el nacionalismo del gran poeta ruso.

La noche

EN *MI VIDA*, LEÓN TROTSKY DEDICA UN CAPÍTULO AL ALZAMIENTO DEL 24 DE OCTUBRE DE 1917 (ESTA FECHA CORRESPONDE AL 8 DE NOVIEMBRE EN EL CALENDARIO OCCIDENTAL). TROTSKY CONSIDERA ESE DÍA COMO EL DECISIVO DE LA REVOLUCIÓN RUSA.

Se acercaba la hora decisiva de la revolución. El Smolny se había convertido en una verdadera fortaleza. Arriba, en los tejados, quedaban como herencia del antiguo Comité Ejecutivo unas veinte ametralladoras. El comandante de Smolny, capitán Grekov, era acérrimo enemigo nuestro. En cambio, el jefe del destacamento de ametralladoras vino a decirme que sus hombres estaban con los bolcheviques. Encargué a alguien –tal vez a Markin– que repasase las ametralladoras. El diagnóstico fue que estaban en mal estado, abandonadas. Los soldados las habían descuidado precisamente porque no tenían el menor deseo de salir en defensa de Kerenski. Hice que mandasen otro destacamento de ametralladoras, seguro y en buenas condiciones. Estaba amaneciendo el día 24 de octubre. Yo iba de piso en piso; en principio, para no estarme quieto, y luego, para convencerme de que todo marchaba bien y para infundir ánimos a los que necesitaban de ellos. Por encima de las losas de aquellos claustros, interminables y envueltos todavía en sombras, se oía el rodar de las ametralladoras arrastradas por los soldados, con un estrépito alegre y bullicioso. Era el nuevo destacamento, que yo había llamado. Por las puertas asomaban la cabeza, con cara de susto, los pocos social revolucionarios y mencheviques que se habían quedado en el Smolny. Aquella música no prometía nada bueno a sus oídos. Poco a poco, fueron desfilando todos, uno tras otro, hacia la puerta, y nos convertimos en dueños absolutos de aquel edificio, que se disponía a plantar la bandera bolchevique en la capital y en todo el país.

> "Pasamos la noche en vela, siguiendo por teléfono a los soldados revolucionarios y las guardias obreras que cumplían calladamente su misión, mientras el buen burgués dormía tranquilamente sin sospechar que mientras tanto un poder nuevo se alzaba sobre las ruinas del antiguo."

Por la mañana temprano me encontré en la escalera con un obrero y una obrera que venían corriendo, jadeantes, de la imprenta del partido, a avisar que el gobierno había prohibido la publicación de nuestro órgano central y la del periódico del Soviet de Petrogrado. Dijeron que la imprenta había sido sellada por un agente del gobierno, que se había presentado en compañía de unos cuantos cadetes de la escuela militar. En un primer momento, esta noticia nos impresionó un poco, con ese poder que tienen las formalidades sobre la razón.

–¿No podemos arrancar el sello? –preguntó la obrera.

–Arránquenlo tranquilamente, y para que no les pase nada mandaremos una escolta segura –le contesté yo.

–Allí cerca hay –dijo la obrera, muy segura de sí– un batallón de zapadores, cuyos soldados se encargarán de protegernos.

El comité revolucionario de guerra dio inmediatamente el siguiente decreto: "1º Las imprentas de los periódicos revolucionarios deberán abrirse inmediatamente. 2º Los redactores e impresores proseguirán sus trabajos para la publicación de los periódicos. 3º El deber y el honor de proteger las imprentas revolucionarias contra cualquier ataque de la contrarrevolución se encomienda a los bravos soldados del regimiento de Lituania y al 6º batallón de zapadores de la reserva". La imprenta siguió trabajando ya sin interrupción y los dos periódicos salieron a la calle.

El día 24 surgieron dificultades en la central de teléfonos. Los cadetes de la escuela militar habían tomado posesión del edificio y, a su amparo, las telefonistas declararon la oposición al soviet. Se negaban a darnos comunicación. Era el primer acto, episódico todavía, de sabotaje. El comité militar revolucionario mandó a la central de teléfonos un destacamento de marineros que instalaron dos cañoncitos pequeños a la entrada, y con esto se restablecieron en seguida las comunicaciones telefónicas. Empezamos a adueñarnos de los organismos administrativos.

El comité se hallaba reunido en sesión permanente en el tercer piso del Smolny, en un cuarto pequeño que hacía esquina. En aquel cuarto venían a concentrarse todos los informes que se recibían acerca de los movimientos de tropas, el espíritu de los soldados y obreros, la agitación realizada en los cuarteles, los planes de los pogromistas, las maniobras de los políticos burgueses y de los embajadores extranjeros, la vida en el Palacio de Invierno, las deliberaciones de los antiguos partidos representados en el soviet. De todas partes se recibían informaciones. Por allí desfilaban obreros, soldados, oficiales, porteros, cadetes socialistas de la escuela militar, personal doméstico, mujeres de pequeños empleados. Muchos de ellos no hacían más que contarme tonterías, pero otros aportaban datos serios y de valor. Durante la semana anterior yo casi no había puesto los pies fuera del Smolny; me pasaba las noches vestido y tumbado en un sofá de cuero, y dormía en los breves ratos que me dejaban libre, despertado constantemente por los correos, los informadores, los motociclistas, los telegrafistas, las incesantes llamadas al teléfono. Se acercaba el momento decisivo. Era evidente que ya no había modo de volver atrás.

En la noche del 24 al 25 de octubre, los miembros del comité revolucionario se repartieron por los distritos. Yo me quedé solo en el Smolny. Más tarde se presentó Kamenev. Este se oponía al golpe, pero venía a pasar esta noche decisiva junto a mí. Nos instalamos en el cuartito del tercer piso, que en aquella noche, la noche en que había de decidirse la revolución, semejaba al puente de mando de un buque. En la sala de al lado, grande y solitaria, había una cabina telefónica. El teléfono estaba sonando constantemente, para asuntos que eran de importancia algunas veces. El timbre subrayaba el silencio expectante. No era difícil imaginarse la ciudad de Petrogrado, abandonada, envuelta por la noche, mal alumbrada, azotada por los vientos otoñales. Los burgueses y los empleados, acurrucados en sus camas, hacían esfuerzos por imaginarse lo que estaría ocurriendo a aquella hora en las calles, peligrosas y llenas de misterio. Los barrios obreros dormían con ese sueño de vela de los campamentos en pie de guerra. Comisiones y grupos de los partidos del gobierno, agotados e impotentes, deliberaban en los palacios de los zares, donde los fantasmas vivos de la democracia se daban de bruces con los fantasmas todavía no esfumados de la monarquía. De vez en cuando, la seda y los dorados del salón se hunden en la oscuridad: no hay suficiente carbón. En los barrios montan guardia destacamentos de obreros, marineros y soldados. Los jóvenes proletarios van armados de fusil y llevan el torso ceñido por las cartucheras de las ametralladoras. Las patrullas de las calles vivaquean calentándose junto a las hogueras. En dos docenas de teléfonos se concentra toda la vida intelectual de la ciudad, que en esta noche de otoño alza la cabeza para salir de una época y entrar en otra.

A aquel cuarto del tercer piso vienen a parar los informes de todos los distritos, barrios y suburbios. Todo está previsto, al parecer: los caudillos en sus puestos, las comunicaciones aseguradas, nada se ha olvidado. Nueva revisión mental. Esta es la noche decisiva.

La víspera dije en mi informe ante los delegados del segundo congreso del soviet, y lo dije con una absoluta convicción: "Si no cedéis no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán instantáneamente y ustedes ocuparán sin lucha el lugar que les corresponde, que les pertenece por derecho". No hay por qué dudar en el triunfo de un levantamiento de esta naturaleza. Y, sin embargo, éstas son horas de una preocupación profunda y tensa, pues ésta es la noche decisiva.

El gobierno ha movilizado a los cadetes de la escuela militar y ayer dio al crucero *Aurora*, fondeado en el Neva, orden de levar anclas. La dotación del *Aurora* la forman aquellos mismos marineros bolcheviques a quienes en el mes de agosto se presentara Seretelli, sombrero en mano, a pedirles que defendiesen el Palacio de Invierno contra Kornilov. Los marineros se han dirigido al comité militar revolucionario preguntando qué deben hacer. Y esta noche el *Aurora* continuará en el mismo sitio en que estaba ayer. Me telefonean de Pavlovsk diciendo que el gobierno reclama de allí artillería, que ha pedido a Sarskoie Selo un batallón de asalto, a Peterhov el envío de fuerzas de la escuela de insignias. Kerenski tiene acuartelados en el Palacio de Invierno a los cadetes de la escuela militar, a gran número de oficiales y a los batallones de mujeres. Doy orden a los comisarios para que repartan por el camino de Petrogrado patrullas seguras que cierren el paso a las tropas pedidas por el gobierno y manden agitadores que salgan a su encuentro. Todas nuestras conversaciones se cursan telefónicamente y pueden ir a parar, en su integridad, a manos del gobierno. Pero es posible que éste ya no disponga ni siquiera de medios para sorprenderlas. "Y si no consiguen persuadir a las tropas para que no sigan adelante, echen mano a las armas." Se lo repito varias veces, pero sin estar muy seguro todavía de la eficacia de mis órdenes. La revolución es aún demasiado confiada, bondadosa, optimista y ligera. Todavía le gusta más amenazar con las armas que emplearlas. Sigue confiando en la eficacia de la palabra y la persuasión. Y, de momento, no se equivoca. Las concentraciones de elementos enemigos se evaporan al solo contacto de su cálido aliento. El día 24 dimos orden de que al primer intento de los "Cien Negros" por organizar pogroms en las calles, se echase mano a las armas y se reprimiese el intento despiadadamente. Pero los enemigos no se atreven a salir a la calle. Están ocultos. La calle es nuestra. Nuestros comisarios montan guardia en todos los caminos que conducen a Petrogrado. La escuela de insignias y los artilleros no han acudido al llamado del gobierno. Sólo una parte de los cadetes de Oranienbaum pudo deslizarse al amparo de la noche por entre nuestras mallas, seguidos de cerca por mis llamadas telefónicas. La aventura acabó mandando parlamentarios al Smolny. El gobierno provisional busca en vano dónde apoyarse. El suelo vacila bajo sus pies.

La guardia exterior de Smolny ha sido reforzada por un nuevo destacamento de ametralladoras. Las comunicaciones con todas las fuerzas de la guarnición son permanentes. En todos los regimientos hay compañías en vela sobre las armas. Los comisarios están preparados, atentos al primer aviso. En el Smolny se encuentran delegados de todos los cuerpos de tropa, a disposición del comité militar revolucionario para el caso de que se interrumpan las comunicaciones. De todos los distritos de la ciudad se lanzan a la calle destacamentos armados, llaman a las puertas o las abren sin llamar y ocupan militarmente todos los edificios públicos. Estos destacamentos se encuentran casi en todas partes con amigos que los habían estado esperando impacientemente. Comisarios especiales, nombrados al efecto, vigilan en las estaciones los trenes que llegan y salen, principalmente los transportes de soldados. No se ve por ningún lado motivo de inquietud. Todos los puntos importantes de la ciudad caen bajo nuestro poder, casi sin resistencia, sin lucha, sin víctimas. El teléfono nos manda de todas partes la consigna: "¡Aquí estamos!".

Todo va bien. No puede ir mejor. Podemos dejar un momento el teléfono. Me siento en el sofá. La tensión nerviosa cede. Por ello mismo, siento que una vaga oleada de cansancio me sube a la cabeza. "¡Déme usted un cigarrillo!", le digo a Kamenev. Todavía fumaba, aunque no regularmente. Le doy dos grandes chupadas al cigarrillo y apenas si tengo tiempo de decir para mis adentros: "¡Esto es lo que me hacía falta!", cuando pierdo el conocimiento. La propensión a caer desvanecido ante un dolor físico fuerte o un gran malestar era herencia de mi

POR LEÓN TROTSKY

La noche decisiva

EN *MI VIDA*, LEÓN TROTSKY DEDICA UN CAPÍTULO AL ALZAMIENTO DEL 24 DE OCTUBRE DE 1917 (ESTA FECHA CORRESPONDE AL 8 DE NOVIEMBRE EN EL CALENDARIO OCCIDENTAL). TROTSKY CONSIDERA ESE DÍA COMO EL DECISIVO DE LA REVOLUCIÓN RUSA.

> "Pasamos la noche en vela, siguiendo por teléfono a los soldados revolucionarios y las guardias obreras que cumplían calladamente su misión, mientras el buen burgués dormía tranquilamente sin sospechar que mientras tanto un poder nuevo se alzaba sobre las ruinas del antiguo."

Se acercaba la hora decisiva de la revolución. El Smolny se había convertido en una verdadera fortaleza. Arriba, en los tejados, quedaban como herencia del antiguo Comité Ejecutivo unas veinte ametralladoras. El comandante de Smolny, capitán Grekov, era acérrimo enemigo nuestro. En cambio, el jefe del destacamento de ametralladoras vino a decirme que sus hombres estaban con los bolcheviques. Encargué a alguien –tal vez a Markin– que repasase las ametralladoras. El diagnóstico fue que estaban en mal estado, abandonadas. Los soldados las habían descuidado precisamente porque no tenían el menor deseo de salir en defensa de Kerenski. Hice que mandasen otro destacamento de ametralladoras, seguro y en buenas condiciones. Estaba amaneciendo el día 24 de octubre. Yo iba de piso en piso; en principio, para no estarme quieto, y luego, para convencerme de que todo marchaba bien y para infundir ánimos a los que necesitaban de ellos. Por encima de las losas de aquellos claustros, interminables y envueltos todavía en sombras, se oía el rodar de las ametralladoras arrastradas por los soldados, con un estrépito alegre y bullicioso. Era el nuevo destacamento, que yo había llamado. Por las puertas asomaban la cabeza, con cara de susto, los pocos social revolucionarios y mencheviques que se habían quedado en el Smolny. Aquella música no prometía nada bueno a sus oídos. Poco a poco, fueron desfilando todos, uno tras otro, hacia la puerta, y nos convertimos en dueños absolutos de aquel edificio, que se disponía a plantar la bandera bolchevique en la capital y en todo el país.

Por la mañana temprano me encontré en la escalera con un obrero y una obrera que venían corriendo, jadeantes, de la imprenta del partido, a avisar que el gobierno había prohibido la publicación de nuestro órgano central y la del periódico del Soviet de Petrogrado. Dijeron que la imprenta había sido sellada por un agente del gobierno, que se había presentado en compañía de unos cuantos cadetes de la escuela militar. En un primer momento, esta noticia nos impresionó un poco, con ese poder que tienen las formalidades sobre la razón.

–¿No podemos arrancar el sello? –preguntó la obrera.

–Arránquenlo tranquilamente, y para que no les pase nada mandaremos una escolta segura –le contesté yo.

–Allí cerca hay –dijo la obrera, muy segura de sí– un batallón de zapadores, cuyos soldados se encargarán de protegernos.

El comité revolucionario de guerra dio inmediatamente el siguiente decreto: "1º Las imprentas de los periódicos revolucionarios deberán abrirse inmediatamente. 2º Los redactores e impresores proseguirán sus trabajos para la publicación de los periódicos. 3º El deber y el honor de proteger las imprentas revolucionarias contra cualquier ataque de la contrarrevolución se encomienda a los bravos soldados del regimiento de Lituania y al 6º batallón de zapadores de la reserva". La imprenta siguió trabajando ya sin interrupción y los dos periódicos salieron a la calle.

El día 24 surgieron dificultades en la central de teléfonos. Los cadetes de la escuela militar habían tomado posesión del edificio y, a su amparo, las telefonistas declararon la oposición al soviet. Se negaban a darnos comunicación. Era el primer acto, episódico todavía, de sabotaje. El comité militar revolucionario mandó a la central de teléfonos un destacamento de marineros que instalaron dos cañoncitos pequeños a la entrada, y con esto se restablecieron en seguida las comunicaciones telefónicas. Empezamos a adueñarnos de los organismos administrativos.

El comité se hallaba reunido en sesión permanente en el tercer piso del Smolny, en un cuarto pequeño que hacía esquina. En aquel cuarto venían a concentrarse todos los informes que se recibían acerca de los movimientos de tropas, el espíritu de los soldados y obreros, la agitación realizada en los cuarteles, los planes de los pogromistas, las maniobras de los políticos burgueses y de los embajadores extranjeros, la vida en el Palacio de Invierno, las deliberaciones de los antiguos partidos representados en el soviet. De todas partes se recibían informaciones. Por allí desfilaban obreros, soldados, oficiales, porteros, cadetes socialistas de la escuela militar, personal doméstico, mujeres de pequeños empleados. Muchos de ellos no hacían más que contarme tonterías, pero otros aportaban datos serios y de valor. Durante la semana anterior yo casi no había puesto los pies fuera del Smolny; me pasaba las noches vestido y tumbado en un sofá de cuero, y dormía en los breves ratos que me dejaban libre, despertado constantemente por los correos, los informadores, los motociclistas, los telegrafistas, las incesantes llamadas al teléfono. Se acercaba el momento decisivo. Era evidente que ya no había modo de volver atrás.

En la noche del 24 al 25 de octubre, los miembros del comité revolucionario se repartieron por los distritos. Yo me quedé solo en el Smolny. Más tarde se presentó Kamenev. Este se oponía al golpe, pero venía a pasar esta noche decisiva junto a mí. Nos instalamos en el cuartito del tercer piso, que en aquella noche, la noche en que había de decidirse la revolución, semejaba al puente de mando de un buque. En la sala de al lado, grande y solitaria, había una cabina telefónica. El teléfono estaba sonando constantemente, para asuntos que eran de importancia algunas veces. El timbre subrayaba el silencio expectante. No era difícil imaginarse la ciudad de Petrogrado, abandonada, envuelta por la noche, mal alumbrada, azotada por los vientos otoñales. Los burgueses y los empleados, acurrucados en sus camas, hacían esfuerzos por imaginarse lo que estaría ocurriendo a aquella hora en las calles, peligrosas y llenas de misterio. Los barrios obreros dormían con ese sueño de vela de los campamentos en pie de guerra. Comisiones y grupos de los partidos del gobierno, agotados e impotentes, deliberaban en los palacios de los zares, donde los fantasmas vivos de la democracia se daban de bruces con los fantasmas todavía no esfumados de la monarquía. De vez en cuando, la seda y los dorados del salón se hunden en la oscuridad: no hay suficiente carbón. En los barrios montan guardia destacamentos de obreros, marineros y soldados. Los jóvenes proletarios van armados de fusil y llevan el torso ceñido por las cartucheras de las ametralladoras. Las patrullas de las calles vivaquean calentándose junto a las hogueras. En dos docenas de teléfonos se concentra toda la vida intelectual de la ciudad, que en esta noche de otoño alza la cabeza para salir de una época y entrar en otra.

A aquel cuarto del tercer piso vienen a parar los informes de todos los distritos, barrios y suburbios. Todo está previsto, al parecer: los caudillos en sus puestos, las comunicaciones aseguradas, nada se ha olvidado. Nueva revisión mental. Esta es la noche decisiva.

La víspera dije en mi informe ante los delegados del segundo congreso del soviet, y lo dije con una absoluta convicción: "Si no cedéis no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán instantáneamente y ustedes ocuparán sin lucha el lugar que les corresponde, que les pertenece por derecho". No hay por qué dudar en el triunfo de un levantamiento de esta naturaleza. Y, sin embargo, éstas son horas de una preocupación profunda y tensa, pues ésta es la noche decisiva.

El gobierno ha movilizado a los cadetes de la escuela militar y ayer dio al crucero *Aurora*, fondeado en el Neva, orden de levar anclas. La dotación del *Aurora* la forman aquellos mismos marineros bolcheviques a quienes en el mes de agosto se presentara Seretelli, sombrero en mano, a pedirles que defendiesen el Palacio de Invierno contra Kornilov. Los marineros se han dirigido al comité militar revolucionario preguntando qué deben hacer. Y esta noche el *Aurora* continuará en el mismo sitio en que estaba ayer. Me telefonean de Pavlovsk diciendo que el gobierno reclama de allí artillería, que ha pedido a Sarskoie Selo un batallón de asalto, a Peterhov el envío de fuerzas de la escuela de insignias. Kerenski tiene acuartelados en el Palacio de Invierno a los cadetes de la escuela militar, a gran número de oficiales y a los batallones de mujeres. Doy orden a los comisarios para que repartan por el camino de Petrogrado patrullas seguras que cierren el paso a las tropas pedidas por el gobierno y manden agitadores que salgan a su encuentro. Todas nuestras conversaciones se cursan telefónicamente y pueden ir a parar, en su integridad, a manos del gobierno. Pero es posible que éste ya no disponga ni siquiera de medios para sorprenderlas. "Y si no consiguen persuadir a las tropas para que no sigan adelante, echen mano a las armas." Se lo repito varias veces, pero sin estar muy seguro todavía de la eficacia de mis órdenes. La revolución es aún demasiado confiada, bondadosa, optimista y ligera. Todavía le gusta más amenazar con las armas que emplearlas. Sigue confiando en la eficacia de la palabra y la persuasión. Y, de momento, no se equivoca. Las concentraciones de elementos enemigos se evaporan al solo contacto de su cálido aliento. El día 24 dimos orden de que al primer intento de los "Cien Negros" por organizar pogroms en las calles, se echase mano a las armas y se reprimiese el intento despiadadamente. Pero los enemigos no se atreven a salir a la calle. Están ocultos. La calle es nuestra. Nuestros comisarios montan guardia en todos los caminos que conducen a Petrogrado. La escuela de insignias y los artilleros no han acudido al llamado del gobierno. Sólo una parte de los cadetes de Oranienbaum pudo deslizarse al amparo de la noche por entre nuestras mallas, seguidos de cerca por mis llamadas telefónicas. La aventura acabó mandando parlamentarios al Smolny. El gobierno provisional busca en vano dónde apoyarse. El suelo vacila bajo sus pies.

La guardia exterior de Smolny ha sido reforzada por un nuevo destacamento de ametralladoras. Las comunicaciones con todas las fuerzas de la guarnición son permanentes. En todos los regimientos hay compañías en vela sobre las armas. Los comisarios están preparados, atentos al primer aviso. En el Smolny se encuentran delegados de todos los cuerpos de tropa, a disposición del comité militar revolucionario para el caso de que se interrumpan las comunicaciones. De todos los distritos de la ciudad se lanzan a la calle destacamentos armados, llaman a las puertas o las abren sin llamar y ocupan militarmente todos los edificios públicos. Estos destacamentos se encuentran casi en todas partes con amigos que los habían estado esperando impacientemente. Comisarios especiales, nombrados al efecto, vigilan en las estaciones los trenes que llegan y salen, principalmente los transportes de soldados. No se ve por ningún lado motivo de inquietud. Todos los puntos importantes de la ciudad caen bajo nuestro poder, casi sin resistencia, sin lucha, sin víctimas. El teléfono nos manda de todas partes la consigna: "¡Aquí estamos!".

Todo va bien. No puede ir mejor. Podemos dejar un momento el teléfono. Me siento en el sofá. La tensión nerviosa cede. Por ello mismo, siento que una vaga oleada de cansancio me sube a la cabeza. "¡Déme usted un cigarrillo!", le digo a Kamenev. Todavía fumaba, aunque no regularmente. Le doy dos grandes chupadas al cigarrillo y apenas si tengo tiempo de decir para mis adentros: "¡Esto es lo que me hacía falta!", cuando pierdo el conocimiento. La propensión a caer desvanecido ante un dolor físico fuerte o un gran malestar era herencia de mi madre. Un médico lo utilizó con pretexto para achacarme una epilepsia. Cuando recobré el conocimiento, vi cerca de mí la asustada cara de Kamenev.

–¿Quiere usted que vaya a buscarle alguna medicina? –me preguntó.

–No, mejor sería –le dije después de una breve reflexión– que buscásemos algo para comer. Intento acordarme de cuándo he comido la última vez y no lo consigo: debo llevar un día entero sin probar bocado.

Por la mañana, me lanzo sobre la prensa burguesa y la conciliadora. Ni una palabra acerca del levantamiento, ya iniciado. Los periódicos se habían hartado de clamar tanto y tan furiosamente acerca de la insurrección armada que se avecinaba, etcétera, que no se dieron cuenta siquiera de que la insurrección ya había empezado. La prensa daba pleno crédito a nuestras negociaciones con el estado mayor e interpretaba como indecisión nuestras declaraciones diplomáticas. Entretanto, los destacamentos de soldados, marineros e individuos de los Guardia Roja, ejecutando las órdenes que recibían del Smolny, sin caos, sin lucha en las calles, casi sin disparar un tiro, sin derramamiento de sangre, iban ocupando un edificio público tras otro.

El buen burgués se frotaba los ojos, asustado, ante el nuevo régimen. ¿Pero es posible que los bolcheviques hayan conquistado el poder, es posible? Una comisión de la Duma municipal se presentó a hacerme unas preguntas verdaderamente peregrinas, inefables: si planeábamos alguna manifestación y cuál y para cuándo, advirtiéndome que la Duma municipal debía "tener conocimiento de ello con veinticuatro horas de anticipación"; qué medidas había tomado el soviet para salvaguardar la seguridad y el orden público, etcétera, etcétera. Yo les contesté exponiéndoles cuál era la doctrina dialéctica acerca de la revolución y propuse a la Duma municipal que eligiese un delegado para que la representase en el comité revolucionario. Esto los aterró más que la sublevación misma. Concluí, como siempre, aplicando el criterio de la defensa armada:

–Si el gobierno emplea el hierro, nosotros contestaremos con el acero.

–¿Nos disolverán ustedes, por haber sido contrarios a la entrega del poder a los soviets?

–La Duma municipal –les contesté– tal como se halla constituida, ya no responde a la realidad, y si surgiese algún conflicto, propondríamos al pueblo que fuese a unas nuevas elecciones, donde se decidiría.

La comisión se retiró con la misma prudencia con que había venido, pero dejando detrás de sí una sensación segura de victoria.

¡Cuánto han cambiado las cosas en esta noche! No hace más que tres semanas que hemos conseguido la mayoría en el soviet de Petrogrado. No éramos casi más que una bandera, sin imprenta propia, sin caja, sin ayuda. Todavía la noche anterior, el gobierno ordenaba arrestar al comité militar revolucionario y andaba buscando nuestras señas. Y he aquí que, de pronto, se presenta una comisión de la Duma municipal ante estos revolucionarios "proscritos" para preguntarles qué suerte va a ser la suya.

El gobierno seguía reunido como siempre en el Palacio de Invierno. Pero más que gobierno, era una sombra de sí mismo. Políticamente, puede decirse que ya no existía. Durante la jornada del 25 de octubre, el Palacio de Invierno se vio poco a poco cercado de tropas. Hacia la una de la tarde hablé en el soviet de Petrogrado acerca de la situación. La reseña publicada en el periódico describe mi informe del modo siguiente: "Declaro, en nombre del comité revolucionario de guerra, que el Gobierno Provisional ya no existe (aplausos). Algunos ministros han sido detenidos ya (bravo). Los demás serán hechos presos dentro de unas horas o en plazo de pocos días (aplausos). La guarnición revolucionaria, que se ha puesto a las órdenes del comité revolucionario de guerra, ha disuelto el preparlamento (gran ovación). Pasamos la noche en vela, siguiendo por teléfono a los soldados revolucionarios y las guardias obreras que cumplían calladamente su misión, mientras el buen burgués dormía tranquilamente sin sospechar que mientras tanto un poder nuevo se alzaba sobre las ruinas del antiguo. Las estaciones, las centrales de correos y telégrafos, la agencia de telégrafos de Petrogrado, el banco nacional, están ocupados por nuestras tropas (gran ovación). El Palacio de Invierno no ha sido tomado aún, pero su suerte se decidirá dentro de pocos minutos (aplausos)".

Esta noticia escueta da una idea falsa del ambiente de aquella asamblea. En mi recuerdo se conservan los siguientes datos que complementan el informe de los periódicos. Al comunicar yo el cambio de gobierno que se había operado aquella noche, se produjo un silencio tenso que duró varios segundos, tras lo cual estalló el aplauso; pero no un aplauso ruidoso, sino reflexivo. La sala se mantenía en una actitud expectante ante los acontecimientos. Cuando la clase obrera se disponía a lanzarse a la lucha, estaba poseída de un entusiasmo indescriptible. Pero ahora, cruzado ya el umbral del poder, este entusiasmo apasionado cedía el paso a la reflexión y a la preocupación. En este repliegue psicológico, palpitaba un instinto histórico, certero, ya que ante nosotros acechaban todavía las grandes resistencias de un mundo que no se resignaba a morir. La lucha, el hambre, el frío, el desorden, la sangre y la muerte. ¿Podremos con todo esto?, se preguntaban muchos en silencio. De aquí el semblante de preocupación y de cuidado. ¡Podremos!, contestaban todos. En la lejanía apuntaban nuevos peligros, pero por el momento velaba la sensación de nuestro gran triunfo y esta sensación nos penetraba en la sangre. Las masas le dieron expresión en el recibimiento delirante que tributaron a Lenin, el cual, después de cuatro meses de ausencia, volvió a presentarse en público, por vez primera en esta reunión.

Ya bien caída la tarde, esperando a que se abriese el congreso del soviet, Lenin y yo nos fuimos a descansar a un cuarto próximo al salón de sesiones, en el que no había más que sillas. No sé quién nos puso unas mantas en el suelo, alguien –creo que fue la hermana de Lenin– nos tendió unas almohadas. Nos tumbamos el uno al lado del otro. Los cuerpos y las almas se distendieron, como muelles que se aflojan después de una tremenda tensión. Era un descanso merecido. Pero no podíamos conciliar el sueño. Nos pusimos a hablar a media voz. Lenin ya estaba definitivamente tranquilo por la dilación del levantamiento, que tanto le había preocupado. Sus temores se disipaban. En su voz había tonos de una gran cordialidad. Me preguntó por las patrullas e individuos de la Guardia Roja.

–¡Es un cuadro maravilloso ver a los obreros armados de fusil junto a los soldados, calentándose al calor de las hogueras! –repetía en tono conmovido–. ¡Al fin hemos conseguido unir al soldado con el obrero!

De pronto, se incorporó para preguntarme:

–¿Y el Palacio de Invierno? ¿No está tomado aún? Supongo que no pasará nada, ¿no?

Hice ademán de levantarme para ir al teléfono a informarme de lo que hubiese, pero me retuvo.

–Quédese allí, ya encargaré a alguien que pregunte.

Sin embargo, el descanso no había de durar mucho. En el salón de al lado, comenzaba la sesión del congreso del soviet. La hermana de Lenin, Ulianova, vino corriendo hacia mí:

–¡Está hablando Dan, y le llaman a usted! Dan, al que le faltaba la voz, hacía reproches a los "conspiradores" y profetizaba el fracaso inevitable del alzamiento. Exigía que formásemos una coalición con los social-revolucionarios y los mencheviques. ¿De modo que los partidos que, aun ayer, cuando estaban en el poder, atizaban la campaña contra nosotros y nos mandaban a la cárcel, venían hoy, después que los habíamos derribado, a buscar un acuerdo con los vencedores? Me levanté a contestar a Dan y en su persona a una etapa ya superada de la revolución: "No estamos ante una conspiración, sino ante una insurrección. El levantamiento del pueblo en armas no necesita justificación. Nosotros no hemos hecho más que templar la energía revolucionaria de los obreros y los soldados. No hemos hecho más que forjar abiertamente para el alzamiento la voluntad de las armas. Y ahora, cuando el alzamiento ha triunfado, se nos viene a proponer que renunciemos a la victoria y sellemos un pacto. ¿Con quién? Con ustedes, que no son nada ni representan nada; con unos quebrados e insolventes que ya no tienen misión alguna que cumplir y que no quieren resignarse a ser arrastrados a la basura de la historia, de la que forman parte desde hoy". Era la última réplica nuestra en aquel gran diálogo que se había iniciado el 3 de abril, en el momento en que llegó Lenin a Petrogrado.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *MI VIDA*, DE LEÓN TROTSKY. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES ANTÍDOTO/PRECURSORA.

decisiva



madre. Un médico lo utilizó con pretexto para achacarme una epilepsia. Cuando recobré el conocimiento, vi cerca de mí la asustada cara de Kamenev.

–¿Quiere usted que vaya a buscarle alguna medicina? –me preguntó.

–No, mejor sería –le dije después de una breve reflexión– que buscásemos algo para comer. Intento acordarme de cuándo he comido la última vez y no lo consigo: debo llevar un día entero sin probar bocado.

Por la mañana, me lanzo sobre la prensa burguesa y la conciliadora. Ni una palabra acerca del levantamiento, ya iniciado. Los periódicos se habían hartado de clamar tanto y tan furiosamente acerca de la insurrección armada que se avecinaba, etcétera, que no se dieron cuenta siquiera de que la insurrección ya había empezado. La prensa daba pleno crédito a nuestras negociaciones con el estado mayor e interpretaba como indecisión nuestras declaraciones diplomáticas. Entretanto, los destacamentos de soldados, marineros e individuos de los Guardia Roja, ejecutando las órdenes que recibían del Smolny, sin caos, sin lucha en las calles, casi sin disparar un tiro, sin derramamiento de sangre, iban ocupando un edificio público tras otro.

El buen burgués se frotaba los ojos, asustado, ante el nuevo régimen. ¿Pero es posible que los bolcheviques hayan conquistado el poder, es posible? Una comisión de la Duma municipal se presentó a hacerme unas preguntas verdaderamente peregrinas, inefables: si planeábamos alguna manifestación y cuál y para cuándo, advirtiéndome que la Duma municipal debía "tener conocimiento de ello con veinticuatro horas de anticipación"; qué medidas había tomado el soviet para salvaguardar la seguridad y el orden público, etcétera, etcétera. Yo les contesté exponiéndoles cuál era la doctrina dialéctica acerca de la revolución y propuse a la Duma municipal que eligiese un delegado para que la representase en el comité revolucionario. Esto los aterró más que la sublevación misma. Concluí, como siempre, aplicando el criterio de la defensa armada:

–Si el gobierno emplea el hierro, nosotros contestaremos con el acero.

–¿Nos disolverán ustedes, por haber sido contrarios a la entrega del poder a los soviets?

–La Duma municipal –les contesté– tal como se halla constituida, ya no responde a la realidad, y si surgiese algún conflicto, propondríamos al pueblo que fuese a unas nuevas elecciones, donde se decidiría.

La comisión se retiró con la misma prudencia con que había venido, pero dejando detrás de sí una sensación segura de victoria.

¡Cuánto han cambiado las cosas en esta noche! No hace más que tres semanas que hemos conseguido la mayoría en el soviet de Petrogrado. No éramos casi más que una bandera, sin imprenta propia, sin caja, sin ayuda. Todavía la noche anterior, el gobierno ordenaba arrestar al comité militar revolucionario y andaba buscando nuestras señas. Y he aquí que, de pronto, se presenta una comisión de la Duma municipal ante estos revolucionarios "proscritos" para preguntarles qué suerte va a ser la suya.

El gobierno seguía reunido como siempre en el Palacio de Invierno. Pero más que gobierno, era una sombra de sí mismo. Políticamente, puede decirse que ya no existía. Durante la jornada del 25 de octubre, el Palacio de Invierno se vio poco a poco cercado de tropas. Hacia la una de la tarde hablé en el soviet de Petrogrado acerca de la situación. La reseña publicada en el periódico describe mi informe del modo siguiente: "Declaro, en nombre del comité revolucionario de guerra, que el Gobierno Provisional ya no existe (aplausos). Algunos ministros han sido detenidos ya (bravo). Los demás serán hechos presos dentro de unas horas o en plazo de pocos días (aplausos). La guarnición revolucionaria, que se ha puesto a las órdenes del comité revolucionario de guerra, ha disuelto el preparlamento (gran ovación). Pasamos la noche en vela, siguiendo por teléfono a los soldados revolucionarios y las guardias obreras que cumplían calladamente su misión, mientras el buen burgués dormía tranquilamente sin sospechar que mientras tanto un poder nuevo se alzaba sobre las ruinas del antiguo. Las estaciones, las centrales de correos y telégrafos, la agencia de telégrafos de Petrogrado, el banco nacional, están ocupados por nuestras tropas (gran ovación). El Palacio de Invierno no ha sido tomado aún, pero su suerte se decidirá dentro de pocos minutos (aplausos)".

Esta noticia escueta da una idea falsa del ambiente de aquella asamblea. En mi recuerdo se conservan los siguientes datos que complementan el informe de los periódicos. Al comunicar yo el cambio de gobierno que se había operado aquella noche, se produjo un silencio tenso que duró varios segundos, tras lo cual estalló el aplauso; pero no un aplauso ruidoso, sino reflexivo. La sala se mantenía en una actitud expectante ante los acontecimientos. Cuando la clase obrera se disponía a lanzarse a la lucha, estaba poseída de un entusiasmo indescriptible. Pero ahora, cruzado ya el umbral del poder, este entusiasmo apasionado cedía el paso a la reflexión y a la preocupación. En este repliegue psicológico, palpitaba un instinto histórico, certero, ya que ante nosotros acechaban todavía las grandes resistencias de un mundo que no se resignaba a morir. La lucha, el hambre, el frío, el desorden, la sangre y la muerte. ¿Podremos con todo esto?, se preguntaban muchos en silencio. De aquí el semblante de preocupación y de cuidado. ¡Podremos!, contestaban todos. En la lejanía apuntaban nuevos peligros, pero por el momento velaba la sensación de nuestro gran triunfo y esta sensación nos penetraba en la sangre. Las masas le dieron expresión en el recibimiento delirante que tributaron a Lenin, el cual, después de cuatro meses de ausencia, volvió a presentarse en público, por vez primera en esta reunión.

Ya bien caída la tarde, esperando a que se abriese el congreso del soviet, Lenin y yo nos fuimos a descansar a un cuarto próximo al salón de sesiones, en el que no había más que sillas. No sé quién nos puso unas mantas en el suelo, alguien –creo que fue la hermana de Lenin– nos tendió unas almohadas. Nos tumbamos el uno al lado del otro. Los cuerpos y las almas se distendieron, como muelles que se aflojan después de una tremenda tensión. Era un descanso merecido. Pero no podíamos conciliar el sueño. Nos pusimos a hablar a media voz. Lenin ya estaba definitivamente tranquilo por la dilación del levantamiento, que tanto le había preocupado. Sus temores se disipaban. En su voz había tonos de una gran cordialidad. Me preguntó por las patrullas e individuos de la Guardia Roja.

–¡Es un cuadro maravilloso ver a los obreros armados de fusil junto a los soldados, calentándose al calor de las hogueras! –repetía en tono conmovido–. ¡Al fin hemos conseguido unir al soldado con el obrero!

De pronto, se incorporó para preguntarme:

–¿Y el Palacio de Invierno? ¿No está tomado aún? Supongo que no pasará nada, ¿no?

Hice ademán de levantarme para ir al teléfono a informarme de lo que hubiese, pero me retuvo.

–Quédese allí, ya encargaré a alguien que pregunte.

Sin embargo, el descanso no había de durar mucho. En el salón de al lado, comenzaba la sesión del congreso del soviet. La hermana de Lenin, Ulianova, vino corriendo hacia mí:

–¡Está hablando Dan, y le llaman a usted!

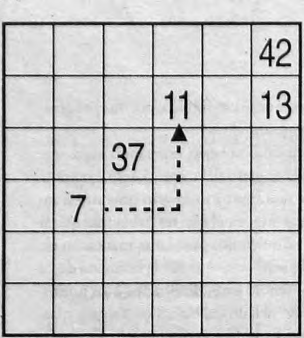
Dan, al que le faltaba la voz, hacía reproches a los "conspiradores" y profetizaba el fracaso inevitable del alzamiento. Exigía que formásemos una coalición con los social-revolucionarios y los mencheviques. ¿De modo que los partidos que, aun ayer, cuando estaban en el poder, atizaban la campaña contra nosotros y nos mandaban a la cárcel, venían hoy, después que los habíamos derribado, a buscar un acuerdo con los vencedores? Me levanté a contestar a Dan y en su persona a una etapa ya superada de la revolución: "No estamos ante una conspiración, sino ante una insurrección. El levantamiento del pueblo en armas no necesita justificación. Nosotros no hemos hecho más que templar la energía revolucionaria de los obreros y los soldados. No hemos hecho más que forjar abiertamente para el alzamiento la voluntad de las armas. Y ahora, cuando el alzamiento ha triunfado, se nos viene a proponer que renunciemos a la victoria y sellemos un pacto. ¿Con quién? Con ustedes, que no son nada ni representan nada; con unos quebrados e insolventes que ya no tienen misión alguna que cumplir y que no quieren resignarse a ser arrastrados a la basura de la historia, de la que forman parte desde hoy". Era la última réplica nuestra en aquel gran diálogo que se había iniciado el 3 de abril, en el momento en que llegó Lenin a Petrogrado.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *MI VIDA*, DE LEÓN TROTSKY. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES ANTÍDOTO/PRECURSORA.

EL SABUESO

Un buen sabueso ha recorrido esmeradamente cada uno de estos campos cuadriculados. Al día siguiente llega usted y sólo encuentra algunos rastros dispersos. Reconstruya exactamente los recorridos del sabueso sabiendo que: 1) Cada tablero contiene un recorrido diferente e independiente de los otros. 2) El sabueso ha avanzado a lo largo de números consecutivos, pasando de una casilla a otra vecina, en horizontal o en vertical (nunca en diagonal). 3) Cada recorrido empieza en un número que puede estar entre 1 y 25, y es algo que también usted deberá descubrir. 4) El sabueso no ha dejado casillas sin visitar; es decir, ha recorrido todo el tablero. 5) En el primer caso indicamos el comienzo del recorrido.

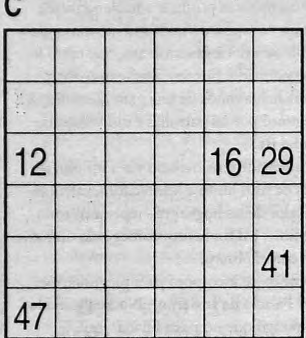
A



B

	36		34	7	
	3				
	1		21	16	

C

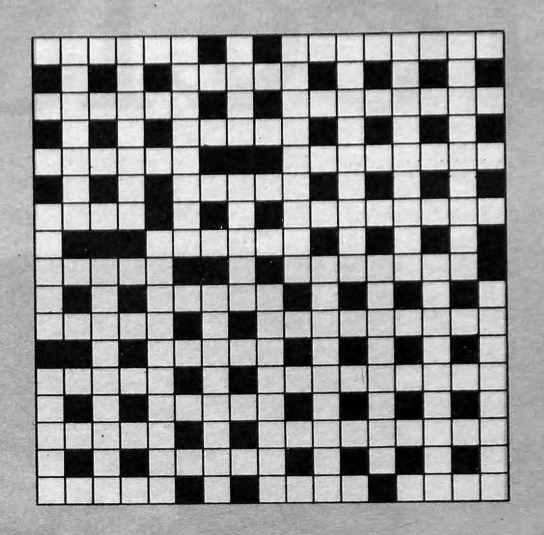


D

5		1	28		
8		12			
18					
					36

Cruzex

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente.



4 Letras
Asno
Cría
Osan
Seré

5 Letras
Ayuno
Bantú
Ebano
Elegí
Elisa
Erial
Imite
Listo
Nones
Ogros
Purga
Reojo
Sinaí
Tetra
Urgir

6 Letras
Atizar
Estaca
Ondean
Pronto

7 Letras
Anzuelo
Satanás
Sortean

8 Letras
Acusados
Anisasen
Aprensar
Cadencia
Corintio
Ignitrón
Lamiscar
Respirar
Tocinero

9 Letras
Agredimos
Calóricos
Colocaron
Demostrar
Duraremos
Gardenias
Imanación
Nesciente
Obliterar
Satinados

10 Letras
Presbítero

PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta). En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A

CERCO	1
NOVIA	2
OBRAR	2
SAVIA	2
OBESO	3

B

BALSA	1
CLIMA	1
GRASO	2
AVARO	3
AVION	3

C

SUELA	1
CANTO	2
LEJOS	2
LINEA	3
RESTA	3

D

MIEDO	0
CERRO	2
TENSA	2
MINAR	3
CREAR	3

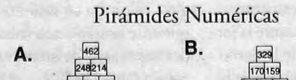
Soluciones del número anterior

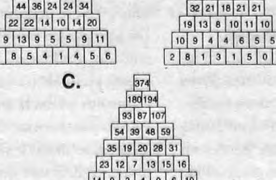
Grilla Clásica

A. CLINTON./ **B.** OCURRIR./ **C.** NECEDAD./ **D.** DISONAR./ **E.** ESCASOS./ **F.** DISIMIL./ **G.** ENSERES./ **H.** RIZADOS./ **I.** OLMEDOS./ **J.** MASQUES./ **K.** AFLIGIS./ **L.** NUDOSOS./ **M.** OSMOSIS./ **N.** NARCISO./ **O.** ESTUPOR./ **P.** SURQUEN.

"Los discursos sin discusión en realidad no son discursos sino sermones. Sermonear es más fácil que discutir, porque es sólo dogmatizar." Conde de Romanones.

Pirámides Numéricas





Batalla Naval

